

CRONICA INTERNACIONAL

EL armisticio de Corea desató en el pasado estío una oleada de esperanzas en todo el mundo, tan angustiado por los numerosos conflictos que vienen amenazando la precaria e incompleta paz que caracteriza a esta postguerra. La lógica de los necesitados de optimismo discurría así: arreglado el más grave de los conflictos, siquiera provisionalmente, automáticamente mejorará el clima de las relaciones internacionales en los demás. Si realmente la U. R. S. S. desea la paz, el Occidente —en mayor o menor grado— se entiende con ella y ni China ni ningún otro país podrá perturbarla. Esos razonamientos, estampados en revistas y diarios de varias naciones, tenían un complemento meramente verbal o pensado: que el desasosiego del mundo colonial se sostiene por el calor que le prestan las fuerzas subversivas de lejanos y grandes países y por la crisis que atraviesan las metrópolis. Si cesaran esos apoyos y las metrópolis volvieran a quedar «con las manos libres», como antes de 1939, con una política combinada de pan y palo, las dependencias se aquietarían, dejando de figurar en el muestrario de los asuntos internacionales exhibidos o no en la O. N. U. y otros organismos.

Pero el razonamiento anterior no sólo resultaba profundamente egoísta —pese a provenir de los que diariamente entonan cantos a «las conquistas democráticas de nuestros tiempos»—, sino precipitado: Moscú desea *su paz*, la que le sea favorable y le brinde, sin involucrarse en los riesgos de un conflicto abierto, todos los triunfos que necesita para triturar al mundo capitalista. Uno de sus triunfos es la destrucción de los Imperios coloniales existentes, no para redimir a sus pueblos autóctonos, sino para incorporarlos al cortejo de que dispone ya en China, con sus 450 millones de incondicionales. Las plagas coloniales, en muchos casos, obedecen a razones más hondas que las de la subversión exterior, y no se remediarán con medidas de fachada o incompletas. Los grandes victoriosos en 1945, los «haves»,

siguen sin entenderse del todo entre sí y han cedido —forzados por la guerra— demasiadas posiciones y resortes para poder pretender la vuelta con retoques a su viejo panorama colonial, en el que cada metrópoli solventaba a solas sus problemas de Ultramar.

El armisticio de Corea nació tarado doblemente: por los compromisos de Dulles con Rhee y por la incertidumbre en cuanto a los resultados de la futura Conferencia asiática. En los Estados Unidos proporcionó tanto respiro como malestar; los chinos rojos lo celebraron como una primera victoria. La suerte de Corea, edición agravada de la Alemania dividida, resulta más incierta que nunca. En 1945 hubiera sido bien fácil no romper del todo los lazos asociativos entre una Corea libre y un Japón controlado, o colocar a Corea bajo el protectorado temporal de los Estados Unidos. En 1953 resulta problemático evitar que un telón de acero divida a Corea, mientras exista en otras partes del mundo. Y por mucha cordialidad aparente que haya entre los dos lados de ese telón, Corea no será libre ni podrá vivir con seguridad.

Por una paradoja, la mejoría del problema coreano pudo significar —y aún puede serlo— el empeoramiento del problema indochino. Complicado por múltiples factores, aparte del primordial de carácter militar: la impotencia de Francia (aun con el concurso de trescientos cincuenta mil indochinos y el pago por los Estados Unidos del 33 por 100 de los gastos de guerra) para dominar a las fuerzas adversas. Al lado de la grave agilidad de éstos para llevar la guerra a donde, como y cuando les conviene, la actitud de los traficantes que en todo conflicto florecen y la resistencia de algunos colonistas a comprender que mucho ha cambiado definitivamente en lo que a la Indochina francesa se refiere, añaden matices políticos al conflicto. Mientras el anciano rey del Laos invadido hacía una cura de aguas, más o menos voluntaria, en Francia, el rey de Camboya se retiraba a Liemp-Reap, organizando allí una corte rival de la Administración de Pnom-Penh, actuante bajo la ocupación francesa. En el forcejeo, y temiendo París un empeoramiento del panorama, se comprometió —una vez más— a la transferencia de poderes en materias administrativa, exterior, fiscal y hasta —en último término— militar, a las autoridades jemerres. Animado por el ejemplo, y tras del escándalo de la devaluación de la piastra, Bao-Dai se presentó en Francia con parecidas pretensiones.

A pesar de la incondicional actitud británica de ayuda al comunismo chino, en Malaya siguió la lucha en la *yungla*. Más tranquilos han estado Tai y Birmania, bien que las regiones de esta última, fronterizas con el Yun-Nan chino, se hayan visto recorridas por bandas armadas, curiosamente operantes una vez que las tropas nacionalistas allá refugiadas fueron evacuadas a petición de Rangún. Indonesia estuvo cincuenta y tres días sin gobierno, hasta la formación de uno a base del P. N. I., pero sin el Masjumo.

Bharat ha continuado siendo un avispero de conflictos. La creación del Estado de Andhara ha desencadenado una oleada de secesionismos en un país que ya de por sí es un mosaico humano imposible de contentar en todos sus ingredientes. Nehrú ha empezado a descubrir la amenaza china, al fortificar la frontera de Assam. Precipitado y excesivo fué el golpe de fuerza en Cachemira contra Mohammed Abdullah, jefe del P. C. N. (Partido de la Conferencia Nacional) y defensor de la independencia del país frente a la India y Pakistán. Fué su sucesor Gulam Mohammed («puño de hierro»); pareció un instrumento de Delhi. Y la India temió un agravamiento del problema, acordando con el Pakistán que los interesados decidan su destino mediante un plebiscito supervisado por un país neutral —¿Albión?— en 1955, el año en que otro plebiscito decidirá la suerte del Sudán; no es difícil prever que en Cachemira, como en el Sudán, habrá hondos desacuerdos sobre los detalles de las consultas, y, si se celebran, sobre sus resultados. Quizá la partición directa hubiera sido, si no más justa, al menos más sencilla. Otro gesto agrio fué el cierre de su Legación en Lisboa.

En el Oriente Medio, el Irán siguió apareciendo un país inestable y pasional, con el atractivo cebo de su petróleo y de la salida al Golfo Pérsico para Rusia. La huida del Sha, el derrocamiento de Mossadeq, el regreso de aquél y la nueva etapa del gobierno Zahedi tuvieron en tensión al mundo, temeroso de un desenlace trágico del conflicto. Más al Oeste, Israel reanudó sus relaciones con la U. R. S. S. —lógicas, dadas las conexiones entre el sionismo gobernante y el marxismo—, provocando en Jordania la réplica de instalar servicios ministeriales en la parte vieja de Jerusalem. Alrededor del Canal de Suez, los choques producidos en Ismalía por iniciativas unilaterales de los mandos ingleses, se localizaron con relativa rapidez, mientras Naguib pedía a su pueblo disciplina y sacrificio para que la joven

República egipcia liquidara el problema con mayor fortuna que el Reino que la precedió.

Un gran disgusto produjo a la Liga Árabe la noticia del pacto de alianza anglo-libio, pacto que para nadie podía ser una sorpresa, y cuyos términos recuerdan a los vigentes en Jordania, Iraq y el denunciado por Egipto: concesión de bases y «facilidades» a cambio de ayuda financiera y técnica. En realidad, Libia tenía poca opción y las propuestas de excluirla de la Liga eran un tanto excesivas.

El asesinato del Bey del Campo, heredero de la Corona de Túnez, y de otros notables colaboracionistas, vienen a recordar que el problema tunecino está en pie, soterrado bajo la superficial calma impuesta por la fuerza. La sustitución del Residente M. de Hautecloque por M. Pierre Voizard pudiera señalar un cambio en la política llevada a cabo por Francia en la Regencia, si bien parece aventurado inclinarse a pensar en una mayor flexibilidad por parte de la nación protectora. De explosión grave del problema marroquí puede calificarse la decisión francesa de dejar al Glaui —tras de largos ataques verbales— arremeter contra el sultán e intimidar con sus vasallos del Atlas a las ciudades nacionalistas, comenzando por Rabat. La deposición de Muley Mohammed Ben Yussef «culpable» de no firmar los proyectos franceses de reformas —en beneficio de los colonos y negociantes—, defendiendo el punto de vista de su pueblo, seguida de la designación de su tío Sidi Mohammed Ben Arafa, anciano de condiciones más manejables, no fué sólo un desafío al sentir nacionalista de la joven generación marroquí. Las circunstancias de 1912 —abdicación de Muley Hafid— y de 1943 —deposición de Sidi Moncef en Túnez— no existen. Ha habido una infracción de solemnes tratados internacionales que las potencias interesadas en Marruecos, y España la primera, pueden impugnar o desconocer. La repercusión del hecho en El Cairo —a donde no llegan los jinetes del Glaui ni los tanques de la Residencia— permite predecir que lo ocurrido tendrá largas y desagradables derivaciones en el mundo árabe. En cambio, en la O. N. U. —donde sí actúan los resortes secretos del Quai d'Orsay— la abstención de Francia en el voto sobre la inclusión de la India en la Conferencia de Corea, se ha visto recompensada con la abstención de los Estados Unidos —«anticolonistas» profesionales— en el voto para la inclusión del «caso marroquí» en la orden del día de la próxima Asamblea. Dato significativo fué que

el depuesto sultán había firmado los Daires sobre las reformas en Tánger, pero no los relativos a las reformas municipales de Marruecos cherifiano.

Más tranquila, en cierto modo, ha permanecido el Africa subsahariana. Gobernando con mayor holgura parlamentaria —por su victoria—, pero con prudencia, el doctor Malan. Apaciguándose el conflicto parlamentario en Nigeria. Estudiándose en Accra el plan de «autonomía total»; y dándose los primeros pasos para el funcionamiento del nuevo territorio federal de las Rodesias y Niasa, en el Africa Central Inglesa. Una sublevación indígena —rápida y enérgicamente reprimida— señaló una oposición formal a la puesta en marcha de tal proyecto. Sin embargo, aun con esta oposición y la de muchas naciones, el proyecto parece marchar más de prisa y más fácilmente que la Federación del Caribe, aprobada, pero atascada en los detalles prácticos de su implantación financiera y técnica. En el extremo sur del Continente americano fué de señalar una *détente* en la tensión angloargentina, tras de las medidas unilaterales británicas en la Antártida argentinochilena.

En el Pacífico, los habitantes de Hawai recibieron jubilosos la aprobación de la *estatalidad* de su territorio —aún pendiente de otros trámites en Wáshington— y los de Samoa occidental, el plan neozelandés de autonomía política de las islas.

J. M. C. T.